

vacía que, como ya hemos dicho, no existe en forma independiente sino concomitante a la conceptual. «Mueren las concepciones concretas de los valores. Resisten al tiempo sus condiciones de posibilidad, precisamente haciendo posible el resurgir de nuevas concepciones por parte de personas, pueblos, culturas» (p. 58).

Estas precisiones teóricas alcanzan su pleno valor cuando nos ayudan a clarificar otro problema de indudable actualidad: el integrismo. Para el autor es imprescindible distinguir entre *integridad* e *integrismo*. La primera puede definirse como el progresivo dominio de la *persona* sobre la *naturaleza* y se ubica, en cuanto tal, como un ideal que cada cultura construye de manera diferente, un polo de atracción siempre efectivo por inalcanzable. El segundo es el deseo brutal y caprichoso de borrar las diferencias, la imposición violenta de una determinada integridad que, por su mismo terrorismo, resulta siempre falaz. Esta actitud integrista es un vicio que no podemos combatir con los argumentos de aquellos teóricos de los valores que dan por supuesto una jerarquía absoluta en los mismos y pretenden hacerla universalmente aplicable. Así lo hace notar el autor en su análisis de teorías como las de García Morente y Zaragüeta, R. H. Lotze, Th. Lessing y, especialmente, Max Scheler, a quien dedica un último capítulo sumamente interesante. A todas ellas, le opone esta concepción en la que la unidad axiológica se reduce al nivel trascendental, a una anticipación del valer en general vacía de contenidos concretos y abierta a muy diversas acciones. En ella encuentra la mejor manera de proteger una humanidad básica sin identificarla con ninguna de las acciones históricas en que la misma se ha dado.

Estudio que constituye una invitación a seguir pensando este de Avelino de la Pienda, particularmente porque, como él mismo dice, todos los modelos educativos suponen una teoría determinada acerca de los valores y, seamos o no conscientes de ella al aprender y enseñar, es esa concepción la que se trasmite y es ella la que cotidianamente va modelando la sociedad. Cuanto más expresa —«cuanto más pública», diría Kant— y consciente sea la jerarquía de valores del proceso educativo, más fácil será el diálogo entre nosotros mismos y con los miembros de otras culturas, creyentes en otras opciones axiológicas. «La ignorancia nunca fue buena para la convivencia social», declara el autor, en el mundo hay varios fanáticos este libro ayuda a no olvidarlo.

Fernando Bahr

VV. AA., *Il Concilio di Trento. Istanze di riforma e aspetti dottrinali*, Vita e Pensiero, Milán, 1997, 153 pp.

¿Contrarreforma o Reforma Católica? Hoy pocos historiadores sostienen la idea de una Contrarreforma surgida como reacción inmediata a las tesis de los reformadores protestantes. Por el contrario, cada vez con mayor credibilidad se defiende la existencia de una Reforma Católica que hunde sus raíces en los movimientos de reforma anteriores a las doctrinas luteranas. En este sentido, la historiografía católica (caso, por ejemplo, de Jedin) ha llegado a afirmar que la auténtica Reforma fue la católica, en tanto la protestante sólo sería una interrupción histórica, un movimiento de ruptura y obstáculo de la auténtica Reforma (esto es, la católica); pese a estas tesis, es evidente que no se puede perder de vista la enorme influencia que el protestantismo

tuvo en el mismo desarrollo y posterior evolución de las tesis de la Iglesia de Roma, especialmente en lo que significó el Concilio de Trento.

Esta línea interpretativa constituye el hilo conductor de la obra que comentamos. Desde la Introducción (realizada por Massimo Marcocchi) se lanza una idea que late a lo largo de todo el libro: la existencia de una reforma interna de la Iglesia Católica que debe ser concebida como un fenómeno propio y específico del catolicismo. Esto es, la Reforma Católica se iniciaría mucho antes que los movimientos reformadores protestantes, con una problemática y dinámica propias y nunca como mera reacción mecánica a los postulados de Lutero y otros reformadores. En este contexto interpretativo, el Concilio de Trento dejaría de ser el corolario de la reacción católica a las conquistas del protestantismo, para erigirse en la realidad más perfecta y depurada de esa reforma católica surgida en los últimos tramos del mundo medieval.

De lo que no cabe duda, siguiendo el discurso de Marcocchi (del que pocos pueden discrepar), es que el Concilio de Trento presenta en sí mismo una entidad historiográfica indiscutible y, por ello mismo, con un fondo polémico en continua renovación. Y ello pese a los intentos (caso, por ejemplo, de Jedin) por superar tanto las tendencias polemistas, como las apologéticas, identificadas con Paolo Sarpi y Pietro Sforza Pallavicino, por citar dos ejemplos clásicos y siempre recurrentes.

Claudio Scarpati en *Istanze riformatrici nella letteratura italiana prima del Concilio di Trento, a partir de un estudio filológico e histórico de algunos elementos reformadores presentes en la literatura italiana de las primeras décadas del quinientos*, realiza un documentado estudio sobre un grupo de eclesiásticos (todos de sólida formación humanística) del entorno próximo a Pietro Bembo y Gaspare Contarini, ambos coetáneos de los pontificados de Pablo III y Julio III. Son hombres de la talla de Ludovico Beccadelli, Galeazzo Florimonti y Giovanni Della Casa.

Beccadelli, por ejemplo, aunque impregnado del influjo de Petrarca, siempre fue proclive a una cierta renovación de la Iglesia. Autor de la segunda generación del quinientos, Beccadelli (hombre de gran experiencia política junto al cardenal Contarini y presente en acontecimientos centrales de la época: Dieta Imperial de 1555, nuncio en Venecia y obispo de Ragusa) defendió la idea de que la *renovatio Ecclesiae* era, ante todo, un hecho humano. Ello es esencial en la tesis defendida por Scarpati: la existencia de toda una generación de literatos y eclesiásticos para quienes Petrarca no sólo fue un maestro de la lírica o de la estilística, sino un modelo de equilibrio entre la cultura humanística y la sensibilidad religiosa, que conduciría a una propuesta de enorme trascendencia: la reforma católica, antes que una reforma institucional de la Iglesia, debe partir de la transformación de los sentimientos de la persona.

Scarpati analiza asimismo las propuestas de Giovanni Della Casa, también nuncio en Venecia como Beccadelli. El autor recupera una obra fundamental (poco analizada aún) de Della casa: *De officiis tenuiores et potentiores amicos* del año 1541; obra de fuerte contenido moral, de denuncia de las actitudes de los poderosos y los ricos frente a los débiles y pobres.

En *Il decreto tridentino sulla aiustificazione e la sua ricezione nei catechismi da Canisio a Deharbe*, Antonio Acerbi plantea de qué forma el problema de la justificación fue debatido en el Concilio de Trento y, sobre todo, su influencia en los Catecismos de la segunda mitad del siglo XVI y del XVII. Como tal problema, la justificación fue planteada inicialmente por Giacomo Seripando el 11 de agosto de

1546, durante una discusión de teólogos, en el transcurso de la primera sesión del Concilio de Trento. Seripando vino a exigir un catecismo que recogiera perfectamente la doctrina conciliar sobre la justificación. Ello se vio confirmado por el decreto del 13 de enero de 1547, que constituyó uno de los documentos doctrinales básicos del Concilio tridentino.

Partiendo de la importancia del decreto (analizado en su génesis por Hubert Jedin) efectúa un minucioso estudio de la difusión del mismo en los catecismos de los siglos XVI y XVII; de manera inmediata al decreto de 1547, Acerbi analiza —entre otras— las obras de Stanislaw Osio *Confessio catholicae fidei* (1551), de Carranza *Comentarios sobre el catechismo Christiano* (1558), del francés Edmond Auger, *Catechismus* (publicado en francés en 1563 y en versión latina en 1568) que constituyó un polémico trabajo de clara tendencia anticalvinista y, con mayor detenimiento, el *Catechismus maior* publicado por Canisio en 1555 y el *Catechismus Romanus* de 1566, cuya segunda parte (dedicada a los sacramentos) define a los mismos como un signo visible de la gracia invisible instituido por nuestra justificación (sic).

En cuanto al desarrollo del decreto tridentino en los catecismos del siglo XVII, Acerbi se apoya en el modelo francés (*«perché nel XVII secolo essa era l'area piú significativa per la vita del cattolicesimo»*, p. 87, nota 71), siguiendo frecuentemente el estudio de D'Hotel *Les origines du catéchisme moderne, d'après les premiers manuees imprimés en France* (Paris, 1967). En esta línea, analiza la obra del futuro cardenal de Richelieu *Instruction du chrétien* (1621), del jesuita Filippo D'Outreman *Pedagogue chrétien*, libro de enorme éxito y con numerosas ediciones y traducciones hasta bien avanzado el siglo XVIII y de Nicole Turlot *Tesoro della dottrina cristiana*. En cuanto a la proyección del decreto tridentino en el siglo XVIII, Acerbi se centra en la obra de Michele Casati *Compendio della dottrina cristiana* (1765), así como —ya en el siglo XIX— las obras de los alemanes Hischer y Deharbe.

El tercer y último estudio se debe a Giuseppe Alberigo (*Concezioni della chiesa al Concilio di Trento e nell'età moderna*), que realiza un sugestivo recorrido de cuatro siglos de la eclesiología surgida en Trento, sin obviar la situación precedente al concilio. Alberigo sostiene la parquedad del Concilio de Trento en el terreno de una doctrina definida sobre una Iglesia orgánica y sistemática. Tras analizar los decretos sobre la Eucaristía de 11 de octubre de 1551 y el decreto general sobre los sacramentos de 3 de marzo de 1547, viene a concluir que el único tema tratado fue el referido a la existencia de un sacerdocio visible y constituido jerárquicamente. Ello se debió a una lógica reacción de la Iglesia católica ante los presupuestos básicos del protestantismo, que negaba el sacerdocio jerárquico (incluido la institución del Papado) y apoyaba la idea de un sacerdocio universal (la Iglesia invisible).

Frente a estas ideas de la eclesiología protestante, el Concilio de Trento desarrolló (en torno a 1562-1563) un programa de robustecimiento institucional de la Iglesia católica: jerarquización y visualización del sacerdocio y, sobre todo, la potenciación de la figura del Papa. Para la consecución de su trabajo, Alberigo ha diseñado un modelo de análisis de larga duración que él considera fundamental para explicar el proceso de difusión de las doctrinas eclesiológicas surgidas de Trento. Unas doctrinas sobre la Iglesia que, en su opinión, fueron escasas, puesto que un sistema eclesiológico siempre fue extraña a los fines que se perseguían en la celebración del concilio. Trento, en definitiva, sólo aportó la idea de la existencia de un sacerdocio

visible, externo y jerárquicamente organizado.

Juan M. Carretero Zamora

GIBBS, PHILIP *The Word in the Third World, Divine Revelation in the Theology of Jean-Marc Ela, Aloysius Pieris and Gustavo Gutiérrez*, Editrice Pontificia Università Gregoriana, Roma, 1996, 448pp.

El pensamiento sobre la revelación divina y su posterior sistematización arrancan sin duda de la cuestión de si Dios, por el que preguntan y atestiguan las experiencias espirituales más diversas y cuya conceptualización se nos da desde distintas visiones de la realidad, es el Dios lejano y mudo, que escapa a las aprehensiones y comprensiones de los humanos, o si más bien es el Dios que se da a conocer, se manifiesta y habla.

Si hoy la revelación de Dios en Cristo ya no es una novedad *strictu sensu* en el Tercer Mundo, su correcta comprensión y consecuente vivencia apelan, sin embargo, a un profundo replanteamiento de lo que se ha entendido y vivido siempre como manifestación de Dios en las tradiciones de estas sociedades, y de lo que, desde el encuentro con el evangelio, puede y debe definitivamente saberse y vivirse como auténtica autocomunicación de Dios en Cristo.

Philip Gibbs, historiador, antropólogo, teólogo y actualmente misionero entre los habitantes de Papua Nueva Guinea (Oceanía), nos ofrece en este libro cómo entienden la revelación los teólogos del Tercer Mundo, representados por Ela, Pieris y Gutiérrez, a partir de las experiencias de sus propios contextos. La posición de estos teólogos acarrea cuestiones de muy delicada solución, referentes a su comprensión de la Escritura y de la Tradición, a su entendimiento de la revelación histórica en la historia y al estatuto de la verdad revelada frente a los factores sociales y económicos...

En el primer capítulo el autor hace un repaso de la enseñanza del Vaticano II acerca de la revelación, con vistas a poner una base de referencia para la reflexión posterior. Continúa en el segundo capítulo con las diferentes percepciones del encuentro con lo divino, que se tiene desde estos distintos contextos. En él estudia la noción de la experiencia humana, la respuesta de las diversas conferencias episcopales (de Latinoamérica, de África, de Asia y Oceanía) acerca de la revelación tras la celebración del Concilio Vaticano II, y sigue con el mismo análisis en las conferencias del EATWOT (Asociación de los Teólogos de Tercer Mundo). Los tres capítulos siguientes analizan el mismo concepto en las teologías de Jean-Marc Ela, de Aloysius Pieris y de Gustavo Gutiérrez. Concluye con un sexto capítulo dedicado a un repaso comparativo entre las afirmaciones de estos tres teólogos y las del Vaticano Segundo, esto es, su contribución a la teología universal de la revelación.

El subtítulo *Revelación divina en las teologías de Jean-Marc Ela, Aloysius Pieris y Gustavo Gutiérrez* se ajusta más al contenido del libro que el mismo título *La Palabra en el Tercer Mundo*, que parece desbordar bastante los marcos de un estudio que no es sino de algunas corrientes de la teología de la liberación en el Tercer Mundo. Se están unificando bastante las tareas teológicas en los continentes del Tercer Mundo, lo que no impide, sin embargo, constatar que existen en ellos corrientes teológicas más históricas, más sistematizadas y quizás incluso más sustanciosas para el estudio de la revelación y para las opiniones sobre lo que el autor llama *vivencia de la encarnación en el Tercer Mundo*, que las estudiadas aquí. Pero debe reconocerse, a pesar de esta